

HOMENAJE A LOS EX ALUMNOS DESTACADOS

—Palabras finales del Rector—

Dr. A. Sakuda Pdt. de la Asociación de egresados y grad. de la U
R. P. Felipe Mac Gregor ant. Rector emérito de la Univ
Ing. H. S. Campuzano Dec. de la U
MOT. est. de la U
Señoras, señores:

Cumple nuestra Universidad ochenta y cinco años de existencia. Al elevar nuestra mirada por sobre esos diecisiete lustros de historia, encontramos que son abundantes las razones que nos autorizan a hacer de este aniversario una verdadera celebración.

Podemos enorgullecernos de la vigorosa proyección pública de nuestra Casa de Estudios, considerada hoy con justicia una de las instituciones más influyentes en el país, y no solamente en el campo de la cultura y del conocimiento, que es su ámbito natural e inmediato, sino también en el terreno de los valores cívicos y democráticos, en el cual nuestra voz se ha hecho sentir con especial nitidez en los últimos años.

Podemos congratularnos, asimismo, de los numerosos logros materiales de nuestra Universidad, que desde su creación no ha cesado de ampliar sus instalaciones y modernizar sus aulas, de renovar el equipamiento de sus laboratorios y los repertorios de sus bibliotecas, de crear, en fin, un ambiente en

el que sea posible embarcarse con los mejores pertrechos en esa intensa travesía que es la acumulación, la renovación y la transmisión del saber.

Todo lo dicho, sin embargo, siendo genuino motivo de orgullo, resulta insuficiente para explicar de qué materia está hecha la verdadera riqueza de nuestra Casa. Porque más allá de cuanto ella posea o le sea reconocido, la Universidad Católica encuentra su valor auténtico y perdurable en lo que ella ha sido y es hoy, eso que llamamos nuestra tradición y nuestro espíritu.

Y ¿cómo podríamos dar razón de esa identidad que nos hace singulares sin referirnos a las virtudes de las personas que en su diario quehacer ponen en acto su esencia y, al hacerlo, consiguen que la riqueza de la Universidad se despliegue y contribuya a dar sentido a la vida de nuestra sociedad?

Si nuestra institución se define a sí misma como una comunidad de conocimiento y de formación humana, es natural que la prueba más alta de su valor, el momento decisivo de su verdad, sea la trayectoria profesional de los hombres y mujeres que se han formado en sus aulas. En efecto, nuestra contribución al país no se puede medir únicamente en proyectos realizados y ni siquiera en el reporte estadístico —siempre referencia valiosa, nunca prueba cabal— del número de profesionales que se titulan año tras año en nuestro claustro. Si todo ello ha de ser relevante, tendrá que hallarse refrendado por la calidad humana de quienes, una vez egresados de la Universidad Católica, emprenden su vida laboral con un sello distintivo, que es el que nace de la conjunción de altas cualidades profesionales, compromiso solidario con el país y

apego a principios fundamentales de honestidad, tolerancia y permanente rectitud en el obrar.

Se comprenderá, por todo lo dicho, cuán grato nos resulta el haber participado en esta ceremonia cálida y fraterna en la cual la Asociación de Egresados de la Universidad Católica ha rendido su homenaje a cinco ex alumnos de nuestra Casa que, por su limpia y destacada ejecutoria y por sus variados aportes a la vida del país, constituyen motivo de orgullo para todos nosotros y viva señal de que los ochenta y cinco años de nuestra Universidad han sido fundamentalmente un proceso de incesante creación intelectual y espiritual.

Las reseñas biográficas que hemos tenido oportunidad de escuchar nos muestran, en efecto, que todos ellos han honrado de modo excepcional a la Universidad que los formó, animando desde su quehacer un encuentro con la verdad, que no es sino la integración de conocimiento y bien, de disposición a comprender el mundo y de actuar en solidaridad con los otros. Y decir esto significa, por cierto, que han destacado en el cultivo de la historia, la ingeniería, la educación y el derecho, pero también, y sobre todo, que han sabido proceder con sentido de moralidad y responsabilidad, virtudes que nuestro país, postrado por largos períodos de corrupción y autoritarismo, demanda hoy más que nunca.

- En justo reconocimiento de esas trayectorias singulares, nos hemos reunido esta noche en torno de José Antonio del Busto, historiador apasionado

y ameno que como investigador y maestro nos ofrece una imagen vívida de nuestro pasado; de Fernando Giuffra, edificador de buena parte de nuestro *campus*, pero también, como funcionario y autoridad de la Universidad, comprometido gestor de la vida institucional dentro de ella; de Guillermo Lohmann Villena, acucioso escudriñador de nuestra historia colonial que con prosa diáfana y precisa nos transmite sus hallazgos; de María Martha Pajuelo, educadora e impulsora de los derechos de la mujer, pero por sobre todo maestra en el sentido más pleno de esta palabra, y de Javier Pérez de Cuéllar, ponderado hombre de leyes que supo hacer de la diplomacia un medio privilegiado para la defensa y promoción de la democracia mundial.

Son nombres que representan en el Perú no sólo excepcionales calidades profesionales, sino también dignidad, integridad y constante amor al país. Pero no ese amor meramente retórico y exclamatorio que nace y a menudo muere en la simple declaración y que en sus formas más desafortunadas se expresa en un nacionalismo interesado, dispuesto a subordinar los derechos y libertades de los peruanos a una idea abstracta del Perú. No; me refiero a ese amor que se vive con entereza en la vida pública, que se manifiesta en respeto y solidaridad hacia las personas humildes de esta nación nuestra, que cobra su expresión visible en el ejercicio responsable de una profesión que es medio de vida y a la vez experiencia de fe en las gentes de la patria y de compromiso con ellas.

He dicho *dignidad, integridad, amor al país*, valores no siempre reconocidos —y menos aun en una época de pragmatismo como ésta— pero que terminan

siendo fundamentales en la vida de los hombres. Tratando quizá de llamar la atención sobre la importancia que esas virtudes poseen, escribió Borges aquel bello poema —*Los justos*— en que nos recuerda que existe en el mundo un puñado de personas, dispersas en diferentes ámbitos y dedicadas a diversas ocupaciones, que realizan bien su labor no por simple prurito de eficiencia profesional ni por afán de reconocimiento público, sino porque al hacerlo alcanzan la secreta recompensa de sentirse justas y honradas. Muchas veces no nos damos cuenta de quiénes son y dónde se hallan, concluye el poeta, pero de esas personas pende el universo.

Así sucede con nuestros compañeros homenajeados. Ellos no sólo son cinco ex alumnos que honran la historia de la Universidad Católica, sino que se ofrecen como ejemplos señeros de todos aquellos profesionales que obran con justicia, que contribuyen a afirmar entre nosotros el camino hacia la vida buena y que, al hacerlo así, son en verdad fieles a los principios bajo los cuales fueron acogidos y formados en esta Casa.

Amigos todos:

No hay, tal vez, mejor manera de celebrar este año jubilar que exponiendo el claro ejemplo de ex alumnos destacados que con sus vidas y sus obras nos permiten recordar los valores que nos hacen auténticamente

universitarios. Sea, pues, este merecido homenaje un tributo a cinco amigos queridos y admirados, al tiempo que una ocasión para reafirmar nuestra más íntima esencia institucional, así como nuestro decidido compromiso con el desarrollo y con la recuperación cívica y moral de nuestra patria.

Muchas gracias.

SALOMÓN LERNER FEBRES

RECTOR

Lima, 11 de Octubre del 2002.